

De Colón a la Alhambra: Washington Irving en España



eds. **Antonio Garnica Silva, María Losada Friend, Eloy Navarro Domínguez**



I

LOS CAMINOS DE WASHINGTON
IRVING POR ANDALUCÍA

Antonio Garnica Silva

15

España es el país extranjero en el que Irving pasó más años de su vida que en cualquier otro de los que visitó. Lo hizo en dos ocasiones: una primera estancia, de tres años y medio (de febrero de 1826 a finales de julio de 1829), en los que vivió los dos primeros años en Madrid, y el año y medio restante en Andalucía; y otra segunda estancia, ya como embajador de su país en España, que va desde julio de 1842 al mismo mes de 1845, tres años en total, que pasó exclusivamente en Madrid.

El viaje por Andalucía, que es el que pretendemos describir se inició a las doce de la mañana del 1 de marzo de 1828. Irving salió de la capital de España en la diligencia de Sevilla junto con dos amigos de la embajada rusa, Gessler y Stoifregen. Este viaje venía a ser un premio que Irving se autoconcedía por haber terminado a finales del año anterior y después de veinte meses de arduo trabajo su *Life and Voyages of Christopher Columbus*, la primera biografía del Descubridor que se publicaba en el mundo. Recuérdese que había llegado a la capital de España el 15 de febrero de 1826 procedente de Burdeos, invitado por el embajador norteamericano Alexander Everett para traducir al inglés la Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV publicada en Madrid el año anterior por Martín Fernández de Navarrete, que había logrado compilar los documentos relacionados con la vida y los viajes de Cristóbal Colón, hasta entonces dispersos por distintas bibliotecas y archivos y que completaría la obra en 1829 con un tercer volumen.

Irving no dudó en aceptar la invitación porque desde joven, en Nueva York, “en las orillas del Hudson”, se había sentido fascinado por la lengua, la literatura y la historia de España. Leyó en los años de su juventud la *Historia de los dos bandos de los Zegrías y Abencerajes y de las guerras civiles de Granada, (1595-1619)* de Ginés Pérez de Hita, una crónica de la conquista de Granada. Desde entonces para él España, y Granada en particular, se mostró como el país más romántico de Europa, con sus luchas entre moros y cristianos, las huellas visibles de la cultura árabe, sus bandoleros, contrabandistas, toreros y bailarinas.

Sin embargo, Irving se dio cuenta muy pronto de que la traducción al inglés de los diversos documentos compilados por Navarrete no era una buena idea, aunque sí lo sería utilizar aquellas fuentes primarias para escribir una biografía de Cristóbal Colón, el Descubridor. Everett aceptó la sugerencia y Washington Irving se puso a trabajar.

No fue un trabajo fácil. Hasta entonces Irving se había dedicado a escribir otra clase de literatura: relatos cortos, con frecuencia humorísticos, en los que recogía leyendas, tradiciones e informaciones sobre las costumbres y leyendas populares, literatura ejemplarizada en su libro *Sketch Book (1819-1820)*. Pero escribir una biografía era algo muy distinto. Había que recopilar muchos datos históricos, consultar documentos y con todo ello hacer nada menos que un libro, y no una mera colección de relatos.

Washington Irving no pudo escribir el libro de corrido y tuvo que tomarse algún descanso. El más extenso de ellos tuvo lugar al llegar al momento de la vida de Colón en que éste viaja a Granada, donde estaban los Reyes Católicos, para que tomaran una decisión definitiva sobre la aventura del Descubrimiento. La mención de Granada le hizo sentir la tentación de escribir otro libro de historia, pero de una historia menos documentada y más novelada y fácil de hacer, que sería la crónica romántica de la conquista de Granada. Pero después de un receso de tres meses volvió a la biografía de Colón, que logró terminar, por fin, a finales de 1827. La *Chronicle of the Conquest of Granada* tendrá que esperar un poco más y finalmente aparecerá en dos volúmenes en el año 1829.

En cualquier caso, lo cierto es que, después de veintidós meses de arduo trabajo, Irving pudo mandar finalmente a su editor londinense Murray el manuscrito de *History of the Life and Voyages of Christopher Columbus* o *Historia de la vida y los viajes de Cristóbal Colón* (Londres y Nueva York 1828). El libro tuvo mucho éxito y pronto se tradujo a las principales lenguas de Europa, la española en 1833. A principios de 1829 La Real Academia de la Historia nombró al autor académico correspondiente.

Sin embargo, Irving era consciente de que había muchas lagunas en el libro, para el que había utilizado, además del de Navarrete, la biblioteca de Obadiah Rich y otras bibliotecas públicas de Madrid. Tampoco le gustaba la presentación del mismo, en cuatro masivos volúmenes, con errores tipográficos y precio alto. Así que inmediatamente empezó a trabajar en una posible segunda edición que nunca se publicaría. Para esta revisión era necesario utilizar los fondos de la biblioteca colombina y del Archivo de Indias y lo que pudiera haber en el monasterio de La Rábida.

En su largo y extenso viaje andaluz podemos distinguir siete etapas:

Primera etapa: cuatro días de camino en la diligencia, del 1 al 4 de marzo para ir de Madrid a Córdoba y tres días para visitar esta ciudad, del 4 al 7 de marzo.

Segunda etapa: 7 al 8 de marzo. Viaje a caballo de Córdoba a Granada. En Granada está del 9 al 20 de marzo, once días en total. Sus sueños sobre la ciudad y su Athambra se hacen una hermosísima realidad.

Tercera etapa: Ocho días para llegar a Málaga atravesando las Alpujarras, un paisaje muy romántico de altas y peligrosas montañas. Ven el mar en Adra y siguen camino hasta Málaga, la mayor parte de las veces por las montañas costeras. En Málaga estará del 28 de marzo al 3 de abril.

Cuarta etapa: del 3 al 7 de abril otro romántico viaje a caballo de cuatro días de duración por la serranía de Ronda, con lluvia y tormentas, hasta llegar a Gibraltar. Pero no ha tenido la suerte de encontrarse con ningún bandolero ni contrabandista en estos días en que atravesaba los lugares más peligrosos de su viaje andaluz.

Quinta etapa: 7 al 10 de abril, cuatro días sin descanso en Gibraltar, pequeña ciudad en la que domina el poderoso y bien organizado ejército inglés y la incipiente pero no menos activa banca comercial. Desde el imponente peñón se domina el tráfico comercial y militar del estrecho. El gobernador de la ciudad vive en un cortijo en San Roque, donde le enseña agricultura moderna a los campesinos de aquella campiña como si fuera un destacado miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País.

Sexta etapa: un par de días en Cádiz, a donde volverá meses más tarde, para llegar a Sevilla en el vapor Bells el 14 de abril. La estancia en la capital de Andalucía será larga, hasta el 28 de abril de 1829 en que sale para Granada, algo más de un año, del que hay que descontar los días que van del 11 al 15 de agosto, fecha de su "peregrinación" a La Rábida, y del 23 de agosto al 3 de noviembre en que se va al Puerto de Santa María huyendo del calor de Sevilla.

Séptima y última etapa: vuelve a viajar a caballo con su amigo el príncipe ruso Dolgorouki desde el 27 al 30 de abril en que llegan a Granada. Allí estará unos tres meses, hasta el 28 de julio, en que se va de la ciudad para incorporarse a su puesto de secretario de la embajada norteamericana en Londres. Una vez establecida debidamente la cronología del viaje vamos a detenernos en los acontecimientos más relevantes que tuvieron lugar en sus distintas etapas.

PRIMERA ETAPA: DE MADRID A CÓRDOBA (1 al 7 de marzo).

Fueron cuatro días de camino por las desiertas llanuras de la Mancha donde era muy raro ver en el campo algún árbol o algún pastor solitario. No es la España que está buscado, no es el sur. El pueblo es pobre y muy frugal, aunque hospitalario. El campo apenas se cultiva, aunque sí hay viñedos. Sin embargo no hay muchas bodegas: sólo tienen ocasión de ver en Valdepeñas la bodega del marqués de Santa Cruz. Tiene presente el viajero el recuerdo de su admirado don Quijote, héroe en una tierra que le ha sorprendido. Se da cuenta de la ironía del libro de Cervantes: un caballero andante en el desierto de la Mancha, el territorio menos adecuado para aventuras caballerescas.

La diligencia viaja por la noche, de madrugada. Malos caminos y pésimas posadas. Una breve parada para desayunar y cambiar los caballos y a seguir el viaje hasta mediodía. Se come lo que se puede en la sala común de una mala posada y se duerme como se puede la siesta en una pequeña habitación con mucho ruido y mucha gente. No encuentran bandidos en el camino, a pesar de las historias que corren e incluso las que han escrito los viajeros ingleses. En compensación, los guardias y servidores de la diligencia tienen cara de facinerosos.

Despeñaperros anuncia un cambio. Al otro lado empieza el sur. Hay árboles, aunque no tanto como esperaban, el Guadalquivir está cerca, aparecen las flores, las hierbas aromáticas, los olivos, naranjos, limoneros, higueras, grandes plantas de aloe y chumberas. Y sobre todo una brisa perfumada que sosiega el espíritu. Todo esto lo encuentra con plenitud en Andújar.

Y, por fin, en la mañana del 5 de marzo, a las siete y media, llegan a Córdoba. Es la primera ciudad andaluza que ve y además la que había sido la capital del Califato. Pero lo que Irving tiene en su mente en aquel momento no es la conquista de la Península por los árabes sino la historia última de los moros en España: la guerra de Granada. Le gusta lo que ve en Córdoba, pero tal como se puede observar en el diario y en las cartas que escribe posteriormente, no muestra ninguna exaltación romántica durante los tres días que se detiene en la ciudad.

De sus tres días en Córdoba dedica dos a conocer la ciudad y uno a sus alrededores. Va a la mezquita, convertida en parte en catedral cristiana, pero no sufre el fuerte impacto de otros visitantes posteriores. Dice literalmente:

Por la tarde paseamos por la catedral. Su selva de arcos y columnas estaba en profunda oscuridad y sólo una débil luz alumbraba de cuando en cuando a un santo o un altar. Un bosque de pilares. Las puertas exteriores y algunas de las capillas del interior tienen citas del Corán escritas con letras doradas o coloreadas en las cornisas. En la catedral hay una pequeña capilla circular embellecida con pinturas árabes doradas y mosaicos de cristal. Los moros acostumbraban a andar con los pies descalzos alrededor de sus muros repitiendo sus oraciones y como muestra de ello está desgastado el pavimento. (*Journals and Notebooks* 139)

Lo más atrayente que recuerda son sus paseos por las orillas del Guadalquivir, el puente romano y la torre de la Calahorra, el campo con sus hierbas aromáticas, el monasterio de San Jerónimo y las ermitas de Córdoba. En realidad parece que tiene prisa y está impaciente por llegar a Granada. Parece como si hubiera parado en Córdoba, porque es el camino más corto para llegar a Granada desde Madrid.

SEGUNDA ETAPA: DE CÓRDOBA A GRANADA (7 al 20 de marzo).

En la mañana del 7 de marzo sale camino de Granada. Un viaje corto con sólo dos paradas: la primera noche en Castro del Río y la segunda en Alcalá la Real. Al atardecer del tercer día llegan por fin a Granada, el objeto de los más íntimos deseos de Irving. Aunque corto, el camino ha sido malo, duro y solitario. Han tenido que comer de lo que llevaban y han dormido en las miserables posadas de Castro y Alcalá. A pesar de las muchas historias que corren sobre bandoleros, siguen sin tener suerte y no se topan con ninguno. Desde que la ve por primera vez desde la Sierra de Elvira, Granada le va a gustar todo lo que esperaba e incluso mucho más durante los doce días que va a estar allí. En su diario y en sus notas queda constancia de que su intención es conocer las bellezas de la Alhambra y escuchar cuentos y leyendas. No le importan las incomodidades que sufre en la fonda del Comercio, donde a hospedar él y sus amigos.

La primera visita que hizo Irving en su primera mañana granadina es a la Alhambra donde, con sus amigos Gessler y Stoffregen, pasan el día entero. De la Alhambra van al Generalife y de éste a la Silla del Moro para contemplar desde allí la puesta del sol sobre Loja, mientras las campanas de los conventos tocan el Ángelus. No podía haber mejor culminación de un día de ensueño.

Al día siguiente por la mañana hacen visitas protocolarias al gobernador de la ciudad y al arzobispo. El resto del día lo dedican a conocer el nuevo paseo en las orillas del Genil que acababa de estrenar la ciudad, y ver algunas huellas de la conquista de Granada, particularmente la ermita de San Sebastián, donde Boabdil entregó la ciudad a los Reyes Católicos.

Vuelta a la Alhambra al tercer día. El antiguo palacio árabe empieza a convertirse en una obsesión para Irving. Esta obsesión romántica no hace a Irving ciego al triste estado en que se encontraban tanto el palacio como la fortaleza. Para ello no hay más que leer el capítulo segundo de los Cuentos, titulado "El palacio de la Alhambra" y el quinto "Los habitantes de la Alhambra". En este libro encontrarán un documentado artículo del profesor Barrios Rozúa de la Universidad de Granada sobre este tema.

Como podemos leer en "Los habitantes de la Alhambra", durante la estancia de Irving en las ruinosas torres de la fortaleza se alojaban familias pobres, vagabundos e incluso gentes de mal vivir. En algunas de las salas del palacio se podían ver graffiti con los nombres de los visitantes. En la segunda visita de Irving a la Alhambra su amigo el príncipe Dolgorouki donó un libro de firmas para que los visitantes escribieran allí, y no en las paredes, sus nombres y las impresiones que les había causado la visita. Este libro se conserva completamente lleno de firmas en la biblioteca del Patronato de la Alhambra. Es un documento único y desde mi punto de vista la joya más valiosa de la biblioteca.

Irving habla también de la gente que se alojaban allí por su trabajo. En primer lugar los custodios de la Alhambra, soldados retirados, mal vestidos y peor pagados. Entre las personas de más categoría estaba en primer lugar la señora Antonia, con su sobrina Dolores y otro sobrino estudiante de Medicina, que vigilaba de vez en cuando a su familia. Antonia era la que atendía a los visitantes y le enseñaba los palacios. También vivía allí un personaje curioso, una mujer muy vieja, muy fea y muy pobre, como la describe Irving, María Antonia Sabonea, más conocida como la reina coquina, que dormía en el hueco de una escalera. Nadie sabía de dónde había venido ni quién era en realidad. Durante el día se dedicaba a coser y cantar incansablemente y en los ratos libres a contar historias. Otro

de los personajes pintorescos de la Alhambra era otro viejo mendigo que se reclamaba del nombre de Alonso de Aguilar, de la casa de Aguilar, la del Gran Capitán, a quien se le conocía con el nombre de padre santo porque al parecer había sido sochantre en una iglesia. Todos estos nombres aparecen en los Cuentos de la Alhambra.

En otra torre ruïnosa, la de los Picos, vivía Mateo Jiménez, con su propia familia y con la de su padre. Según Irving en "Los habitantes de la Alhambra", Mateo tenía 35 años de edad cuando conoció a nuestro escritor. En medio de su no disimulada pobreza Mateo se sentía muy orgulloso de ser cristiano viejo y de sangre limpia, y sobre todo de ser "hijo de la Alhambra", donde nació y donde vivió siempre salvo en los años de la ocupación francesa. De él hablaremos seguidamente.

El cuarto día, jueves, fueron a Víznar, a la residencia campestre del arzobispo, donde fueron agasajados en nombre del arzobispo por el mayordomo del prelado. Una bella y amplia casa de campo, más que palacio, en un hermoso lugar, con un jardín encantador donde corría el agua por todos lados y con una espléndida vista de la Vega.

Al día siguiente visitan la catedral y la capilla real, con la tumba de los Reyes Católicos. Visitan el convento de Santo Domingo, cuyo jardín y cuyos baños fueron un lugar de descanso para los reyes nazaríes. Terminan el día recorriendo el valle del Darro. El sábado van al Sacromonte, que él llama Monte Santo, acompañados por el hermano del duque de Gor. Y después de nuevo a la Alhambra. Es un día marcado, porque en la Alhambra se encuentra por primera vez con Mateo Jiménez, que lo lleva a la puerta de los Siete Suelos para que conozca el lugar por el que Boabdil salió de la Alhambra. Es también el día en que le escribe una larguísima carta a Antoinette Bolviller, parte de ella en el Patio de los Leones. Antoinette era la joven sobrina de la mujer del embajador ruso en Madrid Pierre D'Ouvril.

Para conocer los movimientos y los sentimientos de Irving en Granada contamos con dos fuentes complementarias. Una de ellas es sus *Journals and Notebooks*, es decir el diario de su viaje y las notas de lo que ve y oye. Normalmente son entradas breves y descriptivas que nos dan a conocer sus movimientos por los lugares que visita. La otra fuente son las treinta y siete cartas que escribió a sus parientes y amigos, en las que prevalecen sus sentimientos. Las dos son necesarias y complementarias para conocer lo que Irving vio y sintió en la Alhambra.

En las notas que tomó Irving en su diario en estos días granadinos nos encontramos con su resumen de las leyendas que Mateo Jiménez le contó sobre la Alhambra, y que posteriormente utilizará en los Cuentos. He aquí un ejemplo:

Mateo Jiménez dice que había muchos tesoros escondidos por los moros. Pensando que volverían y no teniendo mucho tiempo para llevarse sus cosas (no hay duda que así sería en el momento que iban a ser expulsados), un moro excavó una cueva donde puso todos sus tesoros y dejó a un moro encantado para que la guardara. Pasaron cien años. Los vecinos de la casa empezaron a ver apariciones, a oír ruido de cadenas. Consultaron a un moro que se había hecho cristiano, que tenía un libro con caracteres arábigos. Les dice la manera de recuperar el tesoro escondido: tienen que rezar oraciones a medianoche y cuando tiemble la tierra tienen que encender una vela de cera amarilla. Si se apaga la luz antes de que saquen el tesoro ellos permanecerán encantados. Los hombres rezan las oraciones a medianoche y cavan, la tierra tiembla, se asustan y huyen. A la noche siguiente vuelven a rezar, terremoto, vela encendida,

leen, se abre la pared, encuentran dentro un moro sentado en una caja, armado con una lanza, etc. Toman el oro, lo dividen entre ellos. El moro se va a Portugal, uno de los hombres a Gibraltar, el otro a Francia. (Journals and Notebooks 180)

Las cartas que escribió desde la Alhambra, tanto en su primera como en su segunda visita son indispensables para conocer los sentimientos de Irving en Granada. La carta a Antoinette Bolviller el 15 de marzo de 1828 es un buen ejemplo de una bella carta romántica. Buena parte de ella la escribe físicamente en la misma Alhambra.

Para que de alguna manera la carta llevara una marca de la belleza del palacio nazarí, sube a la Alhambra con recado de escribir y después de recorrer las torres escoge como escritorio el Patio de los Leones, que para él es el corazón de la Alhambra. Escribe además con una tinta románticamente diluida en el agua de aquella hermosísima fuente. El Patio de los Leones para Irving es un lugar sagrado, porque en uno de los salones adyacentes los Abencerrajes pagaron con su sangre su fidelidad al monarca.

Vamos a examinar algunas líneas de esta extensa carta, como extensas son todas las que escribe a Mlle. Bolviller. Después de mencionar las incomodidades del viaje y la dureza de la Mancha, habla de esta forma de su entrada en Andalucía, donde todo cambia para él:

Después de una sucesión de escenarios tan duros bajamos a La Carolina donde nos encontramos con otro clima. Empezamos a ver naranjos, álces y arrayanes; sentimos el cálido aliento del dulce sur: y respiramos por primera vez la balsámica brisa de Andalucía.

En Andújar nos deleitó la limpieza de las casas, los patios con sus naranjos y limoneros y refrescados por una fuente. Pasamos una deliciosa tarde en la orilla del Guadalquivir gozando el aire perfumado de una tarde andaluza y alegrándonos de que por fin habíamos alcanzado esta tierra de promisión. (Cartas 37)

La llegada a Granada queda expresada con palabras llenas de emoción. Por fin está muy cerca de aquella ciudad de la que se había enamorado en su juventud al leer el libro de Pérez de Hita:

¡Granada, la bellísima Granada! Imagínese cuál habrá sido nuestra alegría cuando, después de pasar el famoso puente de Pinos, escenario de muchos sangrientos encuentros entre moros y cristianos, y notable por haber sido el lugar donde los mensajeros de Isabel alcanzaron a Colón cuando éste había tomado la decisión de abandonar España desesperado de conseguir la ayuda de la reina para su proyectado viaje, rodeamos el promontorio de Sierra Elvira y Granada con sus torres, su Alhambra y sus montañas nevadas, se presentó de repente a nuestra vista. El sol de la tarde brillaba gloriosamente sobre sus torres bermejas a medida que nos acercábamos y coloreaba suavemente el rico panorama de la Vega. Era como si el mágico resplandor de la poesía y el romance hubieran derramado todo su encanto sobre este lugar de ensueño. (Cartas 37-38)

Dentro del conjunto de Granada, el autor se detiene, como no podía ser menos, en la Alhambra:

Durante varios días hemos estado incesantemente ocupados en la ciudad y sus alrededores, pero la Alhambra y el Generalife son los lugares que más han excitado nues-

tro entusiasmo. Cuanto más los contemplo más crece mi admiración por las refinadas costumbres y el delicado gusto de los monarcas granadinos. Las paredes delicadamente ornamentadas, los aromáticos jardines, junto con la frescura y el encantador murmullo de las fuentes y corrientes de agua, los escondidos baños que muestran pureza y refinamiento, los balcones y las galerías abiertos a la fresca brisa de las montañas que dominan el bellísimo panorama del valle del Darro y la magnífica extensión de la Vega: todo ello es imposible de contemplar sin sentir una profunda admiración por el genio poético de los que diseñaron este paraíso terrenal. (Cartas 38)

Le dice también que no ha podido escribirle en la suciedad y ruido de la posada la carta que le prometió al salir de Madrid y ha subido a la Alhambra para hacerlo allí.

He venido aquí en parte para cumplir con mi promesa y en parte para gozar de algo de tranquilidad. Es casi la hora de la puesta del sol de un día cálido. El sol brilla todavía sobre las torres que dominan este patio y una luz suave y bella se extiende por sus columnas y por sus salones de mármol. Tengo la fuente delante de mí, siempre memorable por el trágico fin de los galantes abencerrajes.

Acabo de diluir la tinta en sus aguas y tomo asiento para escribir tranquilamente una carta de chismorreos en el lugar que ha sido la escena de un crimen atroz... He intentado conjurar la imagen de Boabdil pasando con todo su regío esplendor por estos patios; de su bella esposa Moraima, de los abencerrajes y de otros caballeros granadinos que tiempo atrás llenaron estos salones con el brillo de sus armas y el esplendor del lujo oriental. (Cartas 39-40)

El domingo 16 vemos a Irving de nuevo la Alhambra, el Generalife y la Silla del Moro. Le atrae también especialmente el espectacular y estrecho valle del Darro a los pies de la Alhambra. Por primera en su Journal habla extensivamente de la Vega, donde se adivina ya la primavera cercana. Al día siguiente sube de nuevo a la Silla del Moro para ver salir el sol. El sonido de las campanas de las iglesias se repite en ecos por las montañas y son como la música que subraya la belleza de la Alhambra enrojecida por el sol naciente. Cantan los gallos. Se levanta el humo de las casas en las distintas partes de la ciudad. Poco a poco el sol va devolviendo a la vida los pueblos extendidos por la Vega. La Zubia, Alhendín, Armilla y otros muchos.

Vuelve a encontrarse con Mateo Jiménez, que lo lleva por las torres de la Alhambra. Le gusta sobre todo la de las Infantas donde vivió la princesa Zoraida y a cuyos balcones se asomaba. Será el escenario de uno de sus cuentos más bellos, el de las tres bellas Princesas. Va también a visitar la casa y la familia de Mateo, que son tejedores de cintas. Al día siguiente, martes 18 de marzo, vuelve a la Alhambra, con interés especial de nuevo en la torre de las Infantas, buscando recuerdos de los lugares preferidos por Zoraida. Conoce al gobernador de la Alhambra, don Francisco de la Serna. Después de la comida de mediodía el conde de Teba, padre de Eugenia de Montijo, viene con su carruaje y los lleva a la Cartuja, todavía habitada por los cartujos. el prior les enseña la celda de un monje que consta de dormitorio, pequeña sala de estar y jardín. Orden austera pero que tiene un estanque donde crían tortugas para la mesa del convento.

El conde los lleva después a la Vega, donde Washington Irving admira su fertilidad en frutos y árboles frutales. Pasan una tarde grata conversando con el conde. Terminan el día haciendo gestiones para conseguir buenos caballos con los que proseguir su viaje por Andalucía.

El miércoles 19 es su último día en Granada. Por la mañana se detienen en la Capilla Real, admirando una vez más sus altares y las tumbas de los Reyes Católicos, Juana la Loca y Felipe el Hermoso. Después suben de nuevo y por última vez a la Alhambra. Se detiene en la torre del Peinador de la Reina y admira una vez más el embrujo del palacio árabe y del Generalife a la luz del sol. Hace un recorrido por las torres. De nuevo las Infantas, a donde llegan los sonidos festivos de una fiesta de un grupo de granadinos. La tarde termina de nuevo en el Generalife, donde corre una suave brisa.

TERCERA ETAPA: DE GRANADA A MÁLAGA (21 de marzo a 3 de abril).

Después de su feliz estancia en Granada, sale Irving camino de Málaga el 21 de marzo. Un viaje largo, de ocho días de duración, en el que va a atravesar las montañas y los valles de las Alpujarras, escenario ideal para un romántico al que le gustaban mucho los lugares altos y peligrosos. Sigue Irving sin tener suerte en esta etapa porque, aunque había cruces por los caminos, señal inequívoca de que alguien había muerto allí por un ataque de los bandoleros, la verdad es que llegaron a Málaga sin haberse tropezado con ninguno. Las ventas del camino siguen siendo muy pobres y ofrecen muy poco al hambriento viajero, que tiene que llevar en su bolsa todo lo que necesita para subsistir.

El viaje por las Alpujarras tiene por objetivo visitar las minas de plomo de la sierra de Gádor, cerca de Berja, explotadas por los franceses, así como el puerto de Adra, donde se fundía el mineral y el plomo resultante se embarcaba con rumbo a varias naciones de Europa. Aunque ya había pasado casi un tercio del siglo XIX, el siglo de la revolución industrial, al sur de España todavía no había llegado la industria autóctona y eran extranjeros los que explotaban la riqueza potencial de Andalucía.

Desde Adra hasta Málaga hay que tomar con frecuencia el camino de las montañas costeras que se adentran en el mismo Mediterráneo en muchos lugares. Camino de Málaga se encuentran con Motril, donde sorprendentemente hay ya un hotel y donde el clima tiene aspectos tropicales. Uno de los rincones que más le llama la atención es la Herradura.

En una segunda carta a la Srta. Bolviller le cuenta sus impresiones personales sobre el viaje y dice:

Las Alpujarras no defraudaron lo que yo esperaba. Ofrecen contrastes muy marcados que van desde una aridez increíble y salvaje a hermosos valles que abundan en fertilidad y verdes praderas. Los campos de trigo estaban entonces al principio de su crecimiento y mostraban un color verde esmeralda que aliviaban la vista tras haber contemplado la aridez de los montes. Los pueblos se asomaban entre huertos de naranjos y las mismas piedras estaban cubiertas de la lujuriosa vegetación de las aromáticas plantas del sur de renombre poético, que habían hundido sus raíces en todas las grietas del terreno. Las mismas montañas, a pesar de su desnudez, mostraban una belleza de colores diversos porque con frecuencia encierran mármoles muy bellos. (Cartas 50)

No se detiene Irving mucho tiempo en Málaga, aunque hay hoteles que ofrecen cómodo alojamiento al viajero. Irving sube a Gibralfaro desde donde recuerda episodios de la toma de Málaga en la guerra de Granada. Le atrae la luz del Mediterráneo y el trabajo de los pescadores en la orilla. Tiene Málaga una colonia inglesa de tamaño regular y también un buen equipo consular. Pero los empleados en los consulados se sienten en Málaga muy lejos de todo, ya que no es fácil salir y llegar a la ciudad por tierra.

CUARTA ETAPA: POR LA SERRANÍA DE RONDA (3 al 7 de abril).

En un principio ni Gesster ni Stofreggen estaban dispuestos a ir con Irving a Gibraltar por los caminos de la serranía de Ronda, sino por el camino del mar, pero al ver que su amigo insistía en ir por los montes no quisieron dejarlo solo. Fueron cuatro días por las montañas, días de lluvia y de tormenta que para Irving no hacían más que aumentar la salvaje belleza del paisaje. La primera noche la pasan en la posada del puerto de Junquera. Así la describe en su diario del día 3:

En la posada nos sentamos en el rincón de la chimenea, con guardias, arrieros, etc. La otra parte del salón es el establo. El posadero es un hombre alto, fuerte, de piel morena y buen ver. Su hija, muy guapa, está embarazada. También hay una muchacha de trece años muy bonita y un joven alto y bien parecido que es hijo del posadero. Nos han dado una habitación de diez pies cuadrados para los tres y cinco grandes piezas de un tejido entre azul y marrón como camas. Nos sentamos en ellas y cenamos de lo que habla en una mesa baja o taburete: un gran tazón de leche caliente y pan. Comimos todos del mismo plato huevos, etc. Llovió durante la noche. Salimos de nuestro cuarto, Los arrieros y los guardias dormían junto al establo y la candela envueltos en sus capas y acostados sobre unas piedras. (Journals and Notebooks 170)

Al día siguiente, después de bajar y subir por los montes bajo una lluvia pertinaz llegan por fin a Ronda por la tarde. Sigue lloviendo toda la noche. A las seis Irving se levanta para ver el tajo. Después se va a la plaza del mercado para ver a la gente que se congrega en el lugar. Como buen aficionado no deja de darse una vuelta por la plaza de toros que tiene dos pisos, según nota con sorpresa. Y, a las ocho y media, de nuevo en camino.

Siguen caminando por los montes, pero con un tiempo más calmado. Paran en el pueblo de Atajate, llegan al valle de Gaucín, que los sorprende con su belleza, y pasan la noche en la posada del pueblo. Es la última noche antes de llegar a Gibraltar. Siguen sin toparse con bandoleros, pero por lo menos ven a un hombre, un ladrón, al que cuatro alguaciles conducen con las manos atadas por aquella serranía.

Al atardecer del día siguiente llegan nuestros viajeros a la línea española, la primera que hay que atravesar para llegar a la ciudad. Al llegar a la línea inglesa no pueden entrar en Gibraltar porque se ha hecho tarde y la puerta de acceso en la muralla está ya cerrada. El espacio entre las dos líneas, territorio español, era utilizado por los ingleses en caso de epidemia, como la fiebre amarilla, endémica en la zona. Es lo que posteriormente se llamará inexplicablemente zona neutral, de la que por decisión unilateral Inglaterra se quedará con la mitad en la década de los 40 del siglo XX sin el menor obstáculo del gobierno español. Pero, volviendo a nuestra historia, Irving consigue que los militares ingleses le permitan el paso de la segunda línea, que estaba ya cerrada. Una vez en Gibraltar, se acabaron las inhóspitas posadas del camino y se hospedaron cómodamente en el hotel Mahomet.

QUINTA ETAPA: DE GIBRALTAR A CÁDIZ (7 al 13 de abril).

La estancia de Irving en Gibraltar se extiende del 7 al 10 de abril, cuatro días de actividad incesante, los militares ingleses, sin duda aburridos por su confinamiento en la estrechez de la pequeña ciudad rodeada de murallas, lo invitan a comer, a beber, a sus tertulias y bailes que a veces se prolongan hasta la madrugada. Los viajeros que acaban de llegar

son tres caras nuevas, siempre una novedad en la monotonía de los días y que pueden contar muchas historias nuevas. También son agasajados por los comerciantes y hombres de negocio. Con uno de estos últimos, Mr. Sprague, empezará una buena relación que se prolongará en el tiempo.

El día 10 el general George Don, gobernador de la plaza, lo invita a cenar en su casa de campo en San Roque. Desde Sevilla, el 15 de abril, Irving le contará al embajador Everett su estancia en Gibraltar de la siguiente manera:

Permanecemos cuatro días en Gibraltar abrumados por la hospitalidad con que nos atendieron, que en los comedores militares conserva el jovial y ruidoso estilo de la vieja escuela, porque los oficiales, confinados en una Roca donde hay pocos recursos para el trato social, prolongan la sociabilidad de la mesa. Sir George Don, gobernador de Gibraltar, posee la extraordinaria combinación de un soldado veterano, un excelente deportista y la tradicional cortesía del caballero inglés de la campiña. Mantiene un orden estricto en la guarnición, todas las construcciones militares están muy bien hechas y cuidadas, ha convertido las laderas que rodean esta Roca, antes estériles y desnudas, en un delicioso jardín oriental, al tiempo que en su pequeño retiro campestre de San Roque, a unas dos leguas de distancia, deja su atuendo militar, se viste de campesino, cultiva sus propias tierras, y por medio de sus consejos y su ejemplo, mejora los cultivos de los campesinos españoles, de manera que todas las fincas vecinas se han hecho más fértiles y bellas gracias a sus consejos. (Letters 302)

El día 11 por la mañana salen los tres viajeros de Gibraltar camino de Cádiz. Ven Algeciras y Tarifa a lo lejos y, después de los cuatro días de confinamiento en Gibraltar, se alegran al ver el esplendor de la primavera en el campo gaditano. Al atardecer llegan a Vejer y en su venta, al lado del camino, pasan la noche. En la mañana del día 12 prosiguen su camino a Cádiz. Cansados de tanto caminar a caballo desde Málaga y también de las noches y madrugadas de fiesta en Gibraltar, al llegar a Medina Sidonia dejan los caballos en la venta y alquilan un carruaje que los lleve sin más demora a Cádiz, donde se hospedan en el Hotel Anglais. Aquella noche cenan con el cónsul americano, Mr. Burton, con quien Irving mantendrá también una buena relación.

Irving sólo va a estar un día en Cádiz, el 13. Sus dos compañeros de viaje prefieren disfrutar de la belleza y comodidades de la ciudad durante unos días más. Mr. Burton les sirve de guía en Cádiz. Los sube a un mirador, uno de los muchos que tenían las casas de los comerciantes gaditanos para otear la llegada de los barcos de la carrera atlántica y para tener una buena vista de la ciudad, casi una isla, unida a la tierra firme por una larga lengua de tierra. Los lleva a la costa de levante, la costa del mar abierto, donde están las baterías que defienden la ciudad de los ataques marinos. Y también a la Alameda, el paseo preferido de los gaditanos que mira a la bahía y donde sus árboles le ofrecen un ambiente acogedor y su orientación los protege del viento de levante.

El 14 por la mañana sale para Sevilla en el vapor Betis, que pocos años antes había abierto una comunicación más regular entre las dos ciudades.

SEXTA ETAPA: SEVILLA (14 de abril de 1828 al 28 de abril de 1829).

Aunque la memoria de la estancia de Irving en Sevilla está prácticamente olvidada, esta etapa de su periplo andaluz es no sólo la más larga sino la más creativa de todas las demás.

Recuérdese lo que dijimos al principio: que el viaje de Irving a Andalucía tenía dos polos: Granada y Sevilla. A Granada va a contemplar la belleza de la Alhambra, a oír las historias del tiempo de los moros que le cuenta Mateo Jiménez y a encontrarse con la sombra del desgraciado Boabdil. A Sevilla va a investigar en La Biblioteca colombina y en el Archivo de Indias para la segunda edición que está preparando de su libro sobre Colón, que nunca será publicada. Tiene más suerte en la biblioteca que en el Archivo. A ella va por primera vez el 18 de abril y la frecuenta con asiduidad después de la marcha de su amigo el pintor escocés David Wilkie, con quien pasa sus primeros quince días en Sevilla admirando los cuadros de Murillo y descubriendo a Zurbarán. El 21 de abril va al Archivo de Indias, donde lo atienden muy bien, pero donde le dicen que para consultar los fondos necesitaba una autorización de la Corte que no le llegará hasta el 18 de agosto, a la vuelta del viaje a Palos, a pesar de las gestiones que hace en Madrid el embajador Everett en persona. Ya con el permiso trabaja diariamente en el Archivo hasta el día 23 de 1 mismo mes, en que, al no poder resistir más tiempo el calor de la ciudad, se va al Puerto de Santa María. En carta a Everett le dice que no ha encontrado en el Archivo ningún documento de Colón que no esté en los volúmenes de Navarrete, salvo un pleito de los herederos del Descubridor con la corona española.

No por trabajar mucho habrá dejado de disfrutar de la bella primavera sevillana ni de mantener una activa vida social con los muchos ingleses residentes en la ciudad. Entre los amigos de Irving en Sevilla tenemos mencionar a Mr. Walsh, el vicecónsul inglés en Sevilla, al comerciante inglés Julian Williams, que tiene una interesante colección privada de Murillos. También va a pagar tributo a una dama muy poderosa entre los ingleses de Sevilla, la viuda de Merry, irlandesa de nacimiento, y origen de una conocida familia sevillana de este nombre. Y sobre todo a Juanito Wetherell y su familia, el dueño de la fábrica de curtidos instalada en el antiguo convento de San Diego. La amistad de Irving con Wetherell puede ser comparada con la que tuvo en Granada con el duque de Gor y su familia.

Viajero impenitente, Irving no dejará de dedicar tiempo a conocer la ciudad de Sevilla: la catedral, la Giralda, los conventos, el alcázar, las calles y a conocer muchos pueblos y lugares cercanos, como hizo en Granada. Podemos mencionar como sus favoritos la hacienda de Valparaíso, la dehesa de Tablada, la feria de Mairena son lugares preferidos. Le encanta el río Guadaira a su paso por la ciudad, especialmente el paraje conocido como Fuente de la Retama, que le sirve para escribirle un cuento a las niñas de la familia del embajador ruso en Madrid. También va con frecuencia al teatro y a los toros.

Hará también dos escapadas especiales: el viaje a La Rábida del 11 al 15 de agosto, que lo convierte en el primer peregrino que va como tal a los Lugares Colombinos, y su veraneo en el Puerto de Santa María, huyendo del calor del verano sevillano, del 23 de agosto al 3 de noviembre.

El interés por Colón y lo colombino lo acompañó durante su estancia en Sevilla. En esta ciudad conoció el nombramiento de Académico de Honor con que lo distinguió la Academia de la Historia por su libro de Colón, distinción poco frecuente en aquellos tiempos. En Sevilla recibió poco después de su llegada un paquete del embajador Everett con un ejemplar de la Vida de Colón recién editada en Londres por Murray y, pocos días después, otro ejemplar de la edición norteamericana del libro. La obra de Irving no resuelve muchos de los problemas de la biografía del Descubridor, como el permanente de su lugar de nacimiento, pero, como dicen los expertos, abrió el camino de la historiografía americana. El único testimonio que se puede encontrar en Sevilla de su admiración por Irving

se refiere precisamente a este aspecto de su obra. Cuando se preparaba la Exposición Iberoamericana se estableció en una casa del callejón del Agua la Casa de América, una residencia de estudiosos del Nuevo Mundo, el principio de lo que después sería la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. La casa está señalada por una placa de bronce que dice: "A Washington Irving, en recuerdo a su amor a España, 30 marzo de 1925". Hay quienes creen que fue en esta casa donde se hospedó Irving durante su estancia en Sevilla, pero no es así. A su llegada se hospedó del 14 al 30 de abril en la desaparecida fonda de la Reina en la calle Jimios, desde donde se trasladó a la pensión de Mrs. Stalker, junto a la plaza de la Contratación. Allí estuvo, como si fuera su casa, hasta que se fue definitivamente de Sevilla. Pero de este punto y de otros relacionados se trata en un trabajo específico de este libro. En su viaje a Palos del 11 al 15 de agosto va a ver frustrada su esperanza de encontrar algún documento de interés conservado en la Rábida. Allí no hay nada: los franceses arrasaron con todo. En cambio, don Luis Hernández Pinzón la va a facilitar un antiguo documento familiar, que le descubre que Colón no fue un héroe solitario, sino que en su aventura del Descubrimiento contó con la inestimable ayuda de los Pinzón, de manera que el descubrimiento de las tierras americanas se convirtió pronto en una tarea con muchos protagonistas. A consecuencia de ello el fruto principal del viaje a Palos, además del hecho de descubrir al mundo la existencia de la cuna del Descubrimiento, será el libro *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*. Se escribió en Sevilla y se publicó en 1831, cuando Irving ocupaba ya el puesto de secretario de la embajada norteamericana en Londres.

Surge también en su etapa sevillana la necesidad de escribir un compendio o una versión breve de la vida y viajes de Colón, que en la edición original constaba de cuatro volúmenes. Se enteró Irving de que un americano desconocido intentaba hacer una edición compendiada del libro de Colón que estuviera más al alcance del lector medio. Irving reaccionó con asombrosa rapidez y fue él quien hizo el Compendio. La publicación de esta obra sufrió un gran retraso por querer consultar el tercer volumen de Navarrete, que se dilató sin otro motivo que no el no haberse acabado de decidir la fecha de su presentación.

El 17 de junio el calor empieza a sentirse con fuerza en Sevilla, y él se siente sin fuerzas para trabajar y para nada. El día 10 de julio no puede aguantar más el calor y se va con un amigo inglés, Mr. Hall, que ha venido a España a curarse de una grave afección, a una propiedad de los Wetherell, la Casa de la Cera, en las afueras de Sevilla, en la llanura de Tablada, donde se supone que correrá más la brisa que suavice las altas temperaturas de la ciudad. Irving y su amigo pasean a caballo por Tablada algunas tardes. Un sitio favorito de Irving es un antiguo molino árabe en el Guadaira con su azud, donde a veces se baña como muchos niños sevillanos hicieron hasta hace cincuenta años.

El calor aprieta más y más en Sevilla. Irving, con su amigo Hall, se va al Puerto de Santa María en el vapor Corsario el sábado 23 de aquella misma semana. Pero el Puerto se les hace tan insoportable como Sevilla. Hace menos calor que en la capital pero el ruido de la calle, incluso a medianoche es insoportable, y el levante llega con fuerza e insistencia. Juan Nicolás Böhl de Faber le enseña la ciudad y, con su ayuda y la de unos ingleses establecidos en el Puerto, el 1 de septiembre consigue alquilar una casa de campo, el Cerrillo, a una milla de distancia del pueblo, con bellas vistas de Cádiz y la bahía, donde encuentra la tranquilidad soñada.

Ha tenido que pasar una semana, en la que han visitado las bodegas de Domecq, en Jerez, y a sus amigos de Cádiz para dar con su nueva residencia. Pero poco le va a durar la alegría, porque once días más tarde recibe la noticia de que los propietarios del Cerillo se

van a refugiarse en la casa huyendo de la epidemia de fiebre amarilla que ha aparecido en Gibraltar y amenaza llegar al puerto de Cádiz. Así que deciden regresar inmediatamente a Sevilla, dada la dificultad de encontrar un alojamiento adecuado en los alrededores del Puerto.

Pero se encuentran con otra dificultad seria. Sevilla ha cortado la comunicación con Cádiz para evitar cualquier posibilidad de que también llegue a ella la temible epidemia. Afortunadamente encuentran otra casa de campo, El Caracol, que les permite seguir por aquellos lugares hasta que cambien las cosas. El 15 de septiembre se mudan a la nueva casa.

Por estos días termina Irving su crónica de la Guerra de Granada y empieza a revisar el manuscrito. Los días 24 y 25 de septiembre escribe el relato 'Mi visita a Palos', dedicado literariamente a la Srta. Bolviller. Se dedica entonces a escribir las monografías de los Compañeros de Colón: Alonso de Ojeda, Vasco Núñez de Balboa, que le ocupa varios días, y Ponce de León, que termina en un par de días.

A finales de octubre empieza a preparar el regreso a Sevilla, viaje que hace el 3 de noviembre. Tiene el propósito de trabajar unos días en el Archivo y en la Biblioteca colombina. Su amigo Hall se queda de momento en El Caracol, con un criado alemán que lo atiende y acompañado con frecuencia por los amigos del Puerto, mientras Irving busca alojamiento para él en Sevilla. Pero el 26 de noviembre le llega la información de que Hall ha muerto tres días antes después de sufrir una seria caída del caballo. Una noticia dura para Irving.

También en su etapa sevillana empezó también a escribir las primeras narraciones de los que serán cuatro años más tarde los Cuentos de la Alhambra. En un primer momento, el 17 de septiembre empieza a escribir en la finca El Caracol, del Puerto de Santa María, el cuento del gobernador manco. Pero pronto se desanima y no lo concluye. Unos días después, el 26 de septiembre, dice en su diario que escribe "algo sobre los Cuentos de la Alhambra". Pero el gran impulso para seguir adelante con el proyecto lo recibe Irving de su amistad con Cecilia Böhl de Faber, la futura Fernán Caballero, hija de Juan Nicolás y de Paquita Larrea y, en aquellos años, marquesa de Arco Hermoso. Una nota en su diario de fecha 31 de diciembre de 1828 nos habla del comienzo de su amistad con Cecilia:

Voy esta mañana con Mrs. y Miss Hepkins a casa de la marquesa de Arco Hermoso. Es una larga visita. La marquesa cuenta muchas historias del pueblo de Dos Hermanas. Al volver a casa tomo notas de dos de ellas. Por la tarde en casa. Vienen Mr. Hockley y Mr. Nash. El año termina con tranquilidad. Ha sido un año de muchas tareas literarias y hablando en términos generales uno de los que he tenido mayor tranquilidad espiritual en toda mi vida. El éxito literario de la Vida de Colón ha sido mayor del que yo esperaba y da esperanza de que he hecho algo que puede ser más duradero de lo que yo había pensado para mis obras de pura imaginación.

Contemplo el futuro sin esperar conseguir mayores logros, pero también sin el pesimismo que algunas veces me ha oprimido. El único éxito futuro del cual yo confío obtener la mayor compensación es el regreso a mi país de nacimiento, que estoy seguro se cumplirá sin tardar mucho. (Journals and Notebooks 245)

Se habían conocido el día anterior, el 30 de diciembre, en la ópera sevillana y, al día siguiente, como mencionamos en la cita anterior, acompañado de la hija y nieta de John

Wetherell, va a casa de la marquesa, que vivía en el centro de Sevilla, en la calle Jesús. Es una larga visita en la que la marquesa le cuenta a Irving historias populares de Dos Hermanas. El mismo Irving nos dice en su diario que, en cuanto llegó a casa, tomó nota de dos de ellas. Se volvieron a ver al día 2 de enero en la tertulia de la Fábrica de Tabacos. Y lo que es más importante, del 3 al 7 de enero volvió a escribir otro de los Cuentos de la Alhambra, la leyenda del Soldado encantado. Del 21 al 22 escribe el de la Torre de las infantas. La conversación con la marquesa le hizo volver al relato popular

La influencia fue mutua porque la marquesa le enseñó las primeras páginas de su primera novela, La familia de Alvareda. Irving la animó a que siguiera su incipiente vocación de escritora y, de hecho, esta novela fue el segundo libro que publicó con su nombre literario de Fernán Caballero. No le era fácil a una mujer convertirse en escritora, aunque se f ocultara con el disfraz de un varón.

Los cuatro meses de 1829 que pasa en Sevilla trabaja más en la Biblioteca Colombina que en el Archivo, donde tiene que limitarse a consultar los documentos de Colón y no le permiten ver nada que se refiera a otros descubridores. Acabamos de mencionar cómo trabaja algún tiempo en los Cuentos de la Alhambra, pero sin olvidarse de otros proyectos que tiene un su mente, como los compañeros de Colón, y empezando otros, como las crónicas de la conquista de España. En febrero le llega la noticia del resultado de las elecciones presidenciales de Estados Unidos que acababan de celebrarse. El presidente John Quincy Adams ha sido derrotado y el nuevo presidente es el general Andrew Jackson. Poco sospechaba entonces Irving lo que le afectaría el cambio. En estos meses trata de convencer a su amigo el príncipe Dmitri Dolgorouki, consejero de la embajada rusa para que venga a Sevilla y para hacer juntos un viaje por Marruecos. Irving lleva ya demasiado tiempo en Sevilla sin hacer ningún viaje a otro país y su espíritu viajero se inquieta. Trata de compensar esta inquietud visitando una y otra vez con sus amigos ingleses los alrededores de Sevilla que más le gustan. El día 3 de marzo le escribe a su hermano Peter diciéndole que ha empezado la Cuaresma en Sevilla y se han cerrado todas las diversiones, y que esperará a ver la famosa Semana Santa, pero que, en cuanto pase, se irá, aunque no especifica dónde.

De estas fechas es la que yo entiendo es la más bella carta que escribió en su vida: su carta a una niña, Natalie Richter, del entorno familiar del embajador ruso D'Ouvril, en la que podemos descubrir el alma ingenua, cariñosa y romántica de Washington Irving, presente en toda su vida y en sus libros.

A Nathalie Richter.

Sevilla, 22 abril 1829

Mi querida pequeña Nathalie:

Siempre he pensado que tú eres una de las más bellas mujercitas de todo el mundo, como lo prueba tu amabilidad en escribirme. Ahora que ha vuelto la más bella estación del año me gustaría estar una vez más en Madrid, y jugar a las carreras con todas vosotras en el jardín, donde me dicen que la pequeña Inés conduce su coche con el mejor estilo.

He escrito tantas cartas a la familia que tengo muy pocas cosas nuevas que decir. Cati-che te contará las cosas tan bellas, pero verdaderas, que yo le he escrito sobre un viejo castillo árabe y una fuente no lejos de Sevilla. No te puedes hacer idea de las cosas tan misteriosas que se cuentan en sus alrededores. No lejos de la fuente están las ruinas de una vieja casona, que era grande y alegre tiempo atrás y un gran lugar de reunión para toda la gente elegante de la comarca. Pero ahora los muros están rotos, las habitaciones y salones no tienen techo, y sus únicos habitantes son los murciélagos, los búhos y los lagartos. Pero en algunas ocasiones aparece toda iluminada por la noche y rodeada de tal bullicio de coches como si la gente alegre de Sevilla se estuviera acercando a sus puertas. Algunos campesinos dicen que han visto grandes carruajes antiguos tirados por seis mulas, con conductores y lacayos con sombreros y antiguas libreas y caballeros y señoras en el interior vestidos con antiguos vestidos de corte, pero que si ellos se atrevían a hablar con esta gente todo aquello se desvanecía en un suspiro.

También por la noche se podía oír desde la antigua casona el rasgueo de las guitarras y el repique de las castañuelas, y los cantos y bailes, y las conversaciones y las risas. Pero por la mañana todo volvía a ser una ruina con murciélagos y búhos volando y lagartos corriendo por allí. No lejos de la vieja casona había un bosquecillo de árboles donde en tiempos antiguos se levantaba un convento, y cerca del lugar vivía un ermitaño de pelo canoso de no más de tres pies de altura, al que algunas veces se le ve andando por la copa de los árboles leyendo un libro grande. Pero si alguien intentaba hablar con él, cerraba el libro de golpe y desaparecía.

Así que puedes ver, mi querida Nathalie, en qué admirable vecindad vivo yo y qué extraños seres andan por aquí. Si tú oyes cosas parecidas en los alrededores de Aranjuez te ruego que me lo digas. Mientras tanto, créeme que se acuerda siempre de ti.

Washington Irving (Letters 407-8)

En abril, el editor John Murray publica por fin la Crónica de la Conquista de Granada como otro libro de Irving, sin cumplir el deseo del autor de que lo presentase como obra de un imaginario fray Agápide. Su relación con Murray no es siempre fácil y mucho menos en momentos de depresión como los que pasa en esta primavera. Su Journal ha perdido la regularidad que tenía hasta principios de año, aunque abundan sus cartas, que nos dan una buena información sobre sus movimientos. Por fin, el 15 de abril llega a Sevilla su amigo el príncipe Dolgorouki, visita que durante tiempo había deseado. Le enseña Sevilla, descartan el viaje a Marruecos con que Irving había soñado y deciden ir a Granada, que estará bellísima en la primavera. Además, Dolgorouki es parte del séquito de la embajadora francesa, que hace un viaje por Sevilla, Cádiz y Granada, de manera que la opción por Granada era la más conveniente.

SÉPTIMA ETAPA: GRANADA (4 de mayo al 29 de julio de de 1829)

Emprenden el viaje el 28 de abril de 1829 y llegan el día 4 de mayo. Los Cuentos de la Alhambra se abren con el relato de las cinco etapas del viaje. Van a caballo y cuentan con los servicios de un joven vizcaíno a quien le ponen el nombre de Sancho por cierto parecido al escudero de don Quijote. Hacen noche en las posadas de Arahal, Osuna Antequera y Loja. El relato del viaje es un relato romántico, en el que no todo es real. Se parece al Viaje a Palos en este sentido, en el que mezcla la historia con la imaginación.

La estancia de Irving en Granada va a ser mucho más extensa de lo que inicialmente proyectó, porque a los seis días de su llegada a la ciudad le llega el ofrecimiento del gobernador de la Alhambra para que se aloje en el palacio, inicialmente en las habitaciones que le estaban reservadas, pero que no ocupaba. El embrujo de la Alhambra lo tiene prisionero durante cerca de tres meses hasta el 29 de julio en que se pondrá de nuevo en camino para incorporarse a su puesto de secretario de la Legación norteamericana en Londres.

En los primeros días de esta segunda visita a Granada conoció al que iba a ser su gran amigo, don Mariano Álvarez de Bohórquez, duque de Gor. Si en la primera visita la persona que más acompañó a Irving fue Mateo Jiménez, en esta segunda visita lo fue el duque de Gor. Mateo seguirá siendo un buen guía y sobre todo una importante fuente de información de las historias de la Alhambra, pero su amistad con el duque ocupa un lugar de privilegio en los días granadinos de Irving, amistad que se renovará cuando vaya a Madrid años después como embajador de su país.

Desde el 14 de mayo en que Irving se traslada a la Alhambra, el lugar lo absorberá tanto que allí pasa la mayor parte de su tiempo con esporádicas visitas a la ciudad para visitar al duque de Gor, para trabajar en la biblioteca de los jesuitas y para asistir al teatro. Los meses de Granada no van a ser meses de trabajo, como fueron los de Sevilla, sino de contemplación. La Alhambra lo tiene encantado día y noche y le gusta sobre todo pasearse como un buen romántico a la luz de la luna por los patios y salones del palacio. Cuenta también con la asistencia personal de la señora Antonia y su sobrina Dolores. Las dos mujeres le preparan y sirven la comida y cuidan de la limpieza. Pepe, el jardinero del Patal, le lleva todos los días un fresco ramillete de flores.

Pero no todo es contemplación de las bellezas de la Alhambra en estos días. Sigue recogiendo todo lo que le cuenta Mateo Jiménez sobre la Alhambra y todo lo que ve y oye, y sobre todo revive en su imaginación lo que dicen aquellas historias. En sus cartas, como veremos, les habla a sus amigos de su nuevo proyecto literario que es escribir un libro sobre la Alhambra, proyecto que tardará más tiempo de lo que pensaba inicialmente a causa de su inesperada marcha a Londres, donde su trabajo en la legación americana no le da tiempo para revivir y escribir sus experiencias en Granada. Será en Nueva York donde escriba la primera edición del libro.

La primera mención de este proyecto literario se encuentra en una carta a su hermano Peter del 13 de junio:

He decidido permanecer aquí hasta haber puesto en marcha unos escritos relacionados con este lugar y que llevarán el sello de una intimidad real con las escenas que se describen.

Es una singular fortuna poder vivir en este lugar romántico e histórico que tiene tanto impacto en la imaginación de los lectores en cualquier parte del mundo y pienso que merece la pena apartarme de mi plan original y permanecer aquí algún tiempo más para aprovecharme de ello. (Cartas 109)

De esta segunda etapa de residencia en la ciudad de la Alhambra se conservan 34 cartas, todas ellas escritas desde el palacio, salvo las tres primeras.

El 12 de mayo es un día feliz para Irving porque es el día en que se traslada a la Alhambra a las habitaciones del gobernador. El primero a quien le da la feliz noticia es su hermano favorito Peter en carta del día siguiente. Le dice entre otras cosas:

Puedes imaginarte fácilmente lo contento que estamos al estar hospedados aquí con toda la magnitud del palacio a nuestra disposición para recorrer sus salones y patios a cualquier hora del día y de la noche sin limitación alguna. Estamos instalados en el lugar reservado como habitaciones del gobernador, pero él prefiere residir en la ciudad. Tenemos una excelente señora mayor y a su simpática sobrina de ojos brillantes, que cuidan de la Alhambra y arreglan nuestras habitaciones, comidas, etc. con la ayuda de un joven criado muy alto, y de esta manera vivimos tranquilos, felices y sin ninguna restricción, elevados por encima del mundo y sus peligros. Me pregunto si alguna vez el pobre Chico el Zogoyby estuvo tan confortablemente instalado en su propio palacio. (Cartas 80)

Ese mismo día se ve sorprendido por la inesperada llegada de su sobrino Edgar, guardiamarina que ha fondeado en Gibraltar y ha viajado a Granada para pasar unos días con su tío. Estos sentimientos de Irving quedan expresados en otra carta a su hermano Ebenezer, padre del muchacho, en la que le cuenta la tristeza de la despedida:

Sentí mucho su marcha cuando se montó en el caballo en la puerta baja de la Alhambra, y pasé algún tiempo en lo alto de la torre de Comares mirándolo con unos anteojos cuando se dejaba ver por las revueltas del camino a través de la Vega hasta perderlo de vista a él y a su alto y cansino guía al desaparecer detrás de la sierra de Elvira. Esta experiencia me recordó a los pobres moros, que tienen que haber mirado también desde esta torre la marcha de los ejércitos en esa misma dirección, mientras salían por el puente de Pinos, el paso más famoso en los tiempos de las guerras de Granada. (Cartas 89-90)

Días después recibe una carta de su amigo Henry Brevort. con noticias de sus antiguos amigos y compañeros de Nueva York. La carta va a ser una premonición, porque en aquellos momentos estos amigos americanos están presentando al nuevo Secretario de Estado Van Buren la candidatura de Irving para el puesto de secretario de la embajada de Londres. En su contestación, Irving le dice a Brevort lo feliz que se encuentra en la Alhambra y también le habla de sus proyectos literarios:

Durante mi residencia en la Alhambra tendré tiempo y tranquilidad para examinar mis manuscritos y ordenarlos para ofrecer al público otra obra antes de que pase mucho tiempo. También tomaré nota de las correcciones que hay que hacer en la Historia de Colón. Le digo todas estas cosas porque es como si se lo estuviera diciendo a mi hermano Ebenezer, y no estoy seguro si tendré tiempo de escribirle por este correo. (Cartas 92-3)

A pesar de todo ello a veces se siente solo, como le dice en otra carta a su amigo Dolgorouki:

Durante un par de días después de la partida de usted y de mi sobrino me Sentí algo solitario especialmente cuando se nubló el cielo y empezó a llover, pero me dediqué a trabajar con mis libros y manuscritos, y me encuentro ocupado y más alegre. Desayuno al estilo de los reyes en el Patio de los Leones y me paseo por el palacio real hasta bastante tarde para gran sorpresa de la pequeña Dolores, que no se aventurará a entrar en estos sombríos salones después de anochecer. (Cartas 95)

El duque de Gor y su familia es quien ocupa en Granada el lugar de los amigos que Irving echa de menos, según cuenta en la misma carta a Dolgorouki:

La tarde del día de su marcha, el duque de Gor vino a verme a la Alhambra, acompañado del joven pintor que está pintando la caja para usted y me pidió que le dijera que había venido para verlo a usted. Al día siguiente comí en familia con el duque de Gor. Además de la familia estaban presentes dos o tres caballeros y encontré la reunión muy agradable.

Volví a la casa por la mañana y me encontré a la duquesa rodeada de sus hijos y ocupada en enseñarles a escribir. El duque tiene muchas crónicas antiguas y algunas obras curiosas en manuscritos que él se ha ofrecido a prestarme, así como a procurarme acceso a las librerías conventuales. No tengo la menor duda de que encontraré en él y en su familia una relación totalmente adecuada a mis gustos. (Cartas 95-6)

Irving, persona de afectos sinceros, sigue echando de menos a su sobrino Edgar, como se puede ver en la carta que le escribe a Sevilla:

Yo te miré con los anteojos desde lo alto de la torre de Comares, y te vi caminando por las curvas del camino a través de la Vega apoltronado en tu caballo y con tu guía Antonio caminando con largos pasos detrás de ti. Lo último que vi de ti fue cuando desapareciste tras la sierra de Elvira. Confío, mi querido muchacho, que nos volvamos a ver pronto.

Si te embarcas en Gibraltar, Mr. Henry te dará dinero para pagar el pasaje y yo lo arreglaré con él. Tienes que pagar el pasaje antes de embarcar, porque de otra manera será cargado su importe a tu padre y no sé si él está dispuesto a incurrir en gastos por la visita que me has hecho, que se hizo a petición mía y por mi deseo de verte. Dime la cantidad de dinero que has tomado de los diferentes caballeros para los que te di crédito, de manera que yo pueda pagarles.

Mencionaste cuando estuviste aquí que tenías mi reloj y que querías tener uno francés más delgado. Yo le escribiré a tu tío Peter para que se haga de uno y te lo mande para que puedas usarlo como te venga bien.

Confío en que aprovecharás bien tu permiso y estudiarás seriamente cuando estés en casa para prepararte debidamente para tu profesión. Un hombre no puede ser competente en cualquier trabajo sin esfuerzo y aplicación, y de esta manera se abrirá camino en cualquier oficio que adopte. Haz todo lo posible por aprender francés. Es la llave para poder relacionarse con la sociedad en cualquier parte del mundo, Sin él en cualquier país extranjero un hombre se vuelve sordo.

No gastes mucho tiempo en simple placer y galantería. Me gustaría avisarte otra vez, como verbalmente lo hice en otra ocasión, contra algo que es una costumbre en nuestro país: implicarse en un compromiso matrimonial sin la debida consideración y antes de tener los medios necesarios para mantener una familia. Te hablo ahora de esta manera porque confío que tu corazón esté libre de cualquier relación particular. Sé muy bien que cuando un joven está enamorado no se puede esperar que actúe con prudencia y serenidad. En estas circunstancias tiene que casarse desafiando la penuria y el hambre. Las novelas y los romances mantienen una sólida doctrina sobre este asunto que no se puede contradecir. Pero créeme, un joven que se casa a temprana

edad y sin ningún medio cierto de subsistencia está medio derrotado. Todos los talentos y diligencia que podría haber utilizado libremente para conseguir fortuna y distinción social, se convierten inmediatamente en una ansiosa e incesante lucha para ganarse simplemente el pan de cada día. (Cartas 99-100)

A su hermano Peter le cuenta que se ha mudado a otro lugar de la Alhambra, próximo al patio de Lindaraja y de nuevo se reafirma en su intención de escribir el libro que ya le dijo:

Nada me puede ser más favorable para el estudio y el trabajo literario que mi alojamiento actual. Tengo una habitación en una de las partes más retiradas del viejo palacio. Una ventana da al pequeño jardín de Lindaraja, una especie de patio lleno de flores con una fuente en el centro, otra ventana da al profundo valle del Darro que corre murmurando allá abajo y enfrente de esta ventana, en la ladera de una montaña cubierta de huertas y jardines, se puede ver el viejo palacio árabe del Generalife. No se oyen más sonidos que el murmullo del agua, el zumbido de las abejas y el canto del ruiseñor, de manera que ningún ruido interrumpe mi morada.

En las últimas horas del día paseo hasta la medianoche por las galerías que se abren a los jardines y a espacios que hace más bellos la luz de la luna.

He decidido permanecer aquí hasta haber puesto en marcha unos escritos relacionados con este lugar y que llevarán el sello de una intimidad real con las escenas que se describen. (Cartas 109)

También hay en la carta una referencia a su amistad con el duque de Gor y su familia:

En la casa del duque de Gor, en la ciudad, puedo disfrutar de muchas cosas. El duque tiene entre treinta o cuarenta años de edad, de apariencia muy impresionante, franco, amistoso y sencillo en sus formas. Es uno de los hombres más ilustrados y activos de esta ciudad. La duquesa es la amabilidad en persona y tienen una encantadora familia de hijos pequeños. El duque tiene una interesante biblioteca, que me ha ofrecido para cualquier uso. Me ha conseguido permiso para visitar cuando guste la vieja biblioteca jesuítica de la universidad, donde estoy solo con las llaves de los armarios y puedo pasar el día entero moviéndome con entera libertad. (Cartas 110)

A Dolgorouki le habla también de la permanencia de su relación con Mateo Jiménez:

Mateo Jiménez, el 'historiador', sigue siendo mi ayuda de cámara, mensajero y guía ocasional y compañero en mis excursiones, y en verdad me ha llevado a varios lugares encantadores que yo no hubiera sido capaz de descubrir de otra manera. (Cartas 113)

Hace calor en Granada en el mes de julio, le dice en otra carta a su hermano Peter, y lo combate bañándose en el estanque del patio de los Arrayanes

Hace mucho calor para viajar, pero aquí estoy viviendo en un paraíso musulmán. No soy capaz de describirle lo deliciosos que son estos salones y patios en esta sofocante estación. Mi apartamento está en el centro de este palacio y no escucho otro sonido que el zumbido de las abejas, el canto de los pájaros y el murmullo de las fuentes. Hace un par de días que el duque de Gor pasó aquí el día conmigo con su mujer y sus hijos,

el mayor de los cuales es una niña de nueve años. Vinieron a la hora del desayuno y estuvieron hasta la noche, y pasamos juntos un día delicioso.

Vivo en el viejo palacio tan independiente como el mismo Rey Chico... En uno de los grandes patios hay un bello estanque de agua, de ciento veinte pies de largo y entre veinte y treinta de ancho. El sol brilla sobre él durante todo el día, de manera que de noche viene a ser una piscina de agua deliciosamente templada en la que puedo bañarme a todo lo largo. Los jardines cercanos abundan en frutos deliciosos, fresas, albaricoques, etc. y en brevas, o higos tempraneros de esa clase tan deliciosa que conocimos una mañana en un jardín cerca de Madrid. Querido hermano, qué daría yo porque vinieras aquí a pasar unos días conmigo. Es exactamente la clase de lugar que tu imaginación pudiera presentarte como la residencia ideal para el verano. Uno vive aquí como en una especie de encantamiento. (Cartas 123-4)

Pero el paraíso de la Alhambra se desvanece como los palacios de sus cuentos el 18 de julio, cuando le llega la noticia de que sus días en Granada están contados y tiene que empezar a preparar sin demora el viaje que lo llevará a su puesto de secretario de la embajada de Londres. Duda en aceptarlo porque se da cuenta de que tiene que abandonar sus proyectos literarios. Particularmente el de sus recuerdos de la Alhambra. Intenta imaginarse, sin conseguirlo del todo, que tendrá tiempo para seguir escribiendo en Londres. Sus hermanos y sus amigos lo animan a aceptarlo.

Es lo que le dice a su amigo sevillano Juanito Wetherell en una carta de esos días:

Confieso que me siento muy poco inclinado a dejar mi tranquilo e independiente modo de vida y estoy muy indeciso. Hay muchas razones personales, independientes de los deseos de mis amigos, que me llevan a aceptarlo, en tanto que mi poca simpatía por el bullicio, el teatro y los negocios de este mundo me inclinan a rechazarlo. Siento no poder estar completamente solo a partir de ahora y pasar soñando mi vida a mi propia manera. (Cartas 128)

Abundan en estos días las cartas que escribe a sus amigos y al embajador Everett, que ha sido cesado por el mismo gobierno que a él lo ha favorecido. Pero todo termina cuando le escribe al embajador en Londres Louis McLane su aceptación del cargo y su próxima llegada a Londres.

De hecho, el 28 de julio, en compañía de un joven inglés, Mr. Sneyd, que vuelve a Inglaterra, inicia el camino de Londres a través de Europa. Murcia, Valencia, Barcelona donde permanecerá unos días, Montpellier, Lión, Ginebra, París y por fin Londres, donde llega a principios de septiembre.

Su última carta desde la Alhambra no podía menos de estar dirigida a su hermano Peter, la otra mitad de su alma, en la que le dice lo siguiente:

Alhambra, 28 julio 1829.

Acabo de recibir tu carta, con las de Edgard Livingston, Mr. Van Buren, etc. Salgo de Granada a las cinco en un armatoste que llaman tartana, con dos ruedas. Hemos puesto colchones en los que sentarnos y golpearnos las cabezas. Pero es mejor que viajar a

caballo con el calor que hace. Tengo ahora que soportar las provincias mediterráneas de España y si salimos del país sin que me roben me consideraré muy afortunado. La mayor parte de nuestro equipaje va sin embargo por medio de cosarios, que son numerosos y bien armados.

Tu afectuoso hermano,

Washington Irving. (Cartas 141)

En resumen, las cartas que escribe desde la Alhambra son el mejor medio para entrar en los sentimientos de Washington Irving en el que fue sin duda el episodio central de su viaje por Andalucía y también nos revelan su índole personal: amigo de la belleza, y gran soñador en un mundo mejor que el de la realidad de aquellos días, pero también amigo de su familia y de sus amigos y de los que van pasando por su lado. Un hombre bueno sembrador de felicidad.

OBRAS CITADAS

Irving, Washington. *Cartas desde la Alhambra*. Ed. Antonio Garnica. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife; Tinta Blanca Editor; Editorial Almuzara, 2009.

---. *The Complete Works of Washington Irving*. Ed. Richard Dilworth Rust. Boston: Twayne Publishers. Vol. 4: *Journals and Notebooks*. Volume IV, 1826-1829. Eds. Wayne R. Kime y Andrew B. Myers, 1984.

---. *The Complete Works of Washington Irving*. Ed. Richard Dilworth Rust. Boston: Twayne Publishers. Vol. 24: *Letters*. Volume II, 1823-1838. Eds. Ralph M. Aderman, Herbert L. Kleinfield y Jenifer S. Banks, 1979.